

EL OSCURO MUNDO «GAY» EN UN CINE

● Alumno de la Escuela de Periodismo, haciendo su práctica profesional, recibió la orden de adentrarse en los vericuetos del homosexualismo practicado frente a la pantalla grande, luego de haberse denunciado, por parte de la policía, la existencia de esa lacra que mezclaba a individuos de 65 años con niños de 15. El siguiente es el relato de su experiencia.

● Por Alberto Fuguet.
Fotos: Jaime Molina.

Es un mundo oscuro el de los cines populares del centro, de esos que exhiben tres películas viejas por \$90. Salas a mal traer, con hedores difíciles de aguantar por mucho rato, con las pantallas y cortinajes zurcidos. Es un espectáculo de tercera que muchos prefieren no mirar y que comienza cuando las luces se apagan. Un mundo distinto, donde se palpa la soledad y la espera, un mundo que espanta y choquea, que asquea y asusta.

FIEBRE DE VIERNES

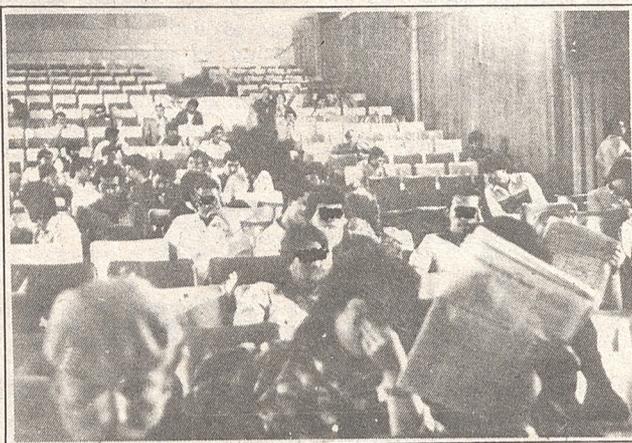
Todo comenzó con la "razzia" que dejó al descubierto que el cine Capri, ubicado en Monjitas 825, era un verdadero "nido de amor" de homosexuales. Luego de la redada, más de 20 individuos, cuyas edades fluctuaban entre los 15 y los 60 años, quedaron detenidos. Fueron sorprendidos realizando "actos que atentan contra la moral". ¿En un cine? No puede ser. ¿Niños de 15 años? No puede ser. Pero todo indicaba que sí podía ser, que de hecho sucedía y que probablemente iba a seguir. Publicamos la información de rigor, hicimos algunas averiguaciones; el administrador del Capri no quiso hablar. Pero algo nos quedó dando vuelta. Quince años. ¿Es un niño de 15 años un homosexual? ¿Era cierto eso que muchachitos se ofrecían de hilera en hilera hasta que un hombre los contratara?

"Vaya a ese cine y observe bien todo lo que sucede. Trate de hablar con alguno de ellos", fue la orden que me dio mi jefe. La idea era comprobar "la degeneración", si era efectivo lo de los menores de edad. Y partimos con Nancy Farías, también estudiante de periodismo haciendo, como yo, la práctica profesional, y con Jaime Molina, un fotógrafo.

Si bien he estado cubriendo el sector policial todo el verano, viendo asesinatos, psicópatas, suicidas, ahogados, choques, muerte y más muerte, igual me asusté un poco cuando me advirtieron que "si les tomas una foto te acuchillan al tiro. Estos 'colas' son cosa seria, nunca se sabe lo que te van a hacer si saben que eres periodista", me cuenta un viejo colega que sabe lo que está hablando.

UN POCO NERVIOSO

Dicen que se trabaja mejor si se está un poco nervioso antes de salir a terreno. Así como los artistas antes de subirse a un escenario. Claro que el escenario de ese viernes por la noche era uno lleno de butacas viejas, acomodadores cómplices, homosexuales lascivos y luces de neón que encandilan. Una noche en que la vida, o



Un mundo donde todos esperan algo y donde pocos lo obtienen.

una parte importante de ella, se mostraba tal cual. Una vida que casi todos tratamos de obviar, de no ver, y que es la que domina el centro de nuestro país por las noches.

LA CONQUISTA

Lo importante era que yo consiguiera entrevistar a un homosexual "in fraganti", lo cual no era lo más fácil, ni agradable de hacer. Eran las 20:45 horas cuando no nos dejaron ingresar a nuestro primer cine "rasca". Se dieron cuenta de la máquina fotográfica. Decidimos que era mejor que el gráfico se quedara afuera mientras nosotros entrábamos. Elegimos uno que queda en un subterráneo donde exhibían un filme de lesbianas. Cada uno se sentó separado y lejos. Nada. Me cambié varias veces de asiento. Nada. Unas parejas se besaban apasionadamente, pero nada más. En la pantalla una mujer bañaba a otra. Hacía calor, no se podía respirar. Terminó la cinta. Salimos.

DIRECTO AL CAPRI

Empezamos a barajar otros cines, pero finalmente decidí entrar al Capri. Mal que mal, era el "antro" y pensé que sería interesante



Plaza de Armas: donde los homosexuales y prostitutas hacen nata.

ver si algo había cambiado después de la redada. Nancy entró primero. Yo conté hasta 100 y fui a comprar mi entrada. Andaba con unos anteojos oscuros para que no me reconociera la cajera, ya que el día antes estuve ahí tratando que me dejaran entrar como periodista. Entro. Un chino mata con una patada a otro en la pantalla. No veo a mi colega. Decido ir a sentarme al fondo, a "la papa misma". Me siento en la última fila y percibo que hay algo raro cerca mío. A una butaca de distancia hay un hombre de unos 50 años que está con todo a la vista. Se está tocando. Me queda mirando fijo. Me doy vuelta, para alejarme de esa escena, pero salgo de las brasas y caigo, derechamente, al fuego: al otro lado del pasillo veo a dos hombres besándose y acariciándose todo...

"VAMONOS JUNTOS"

Decido ir al baño, cambiar de ambiente, sacarme el asco de adentro. El famoso baño, el cual está dentro de la sala, está vacío, pero hay dos hombres parados. Sé que tengo que lograr una entrevista. Debo dejar mis opiniones, mis prejuicios, mi forma de ser de lado y "meterme en el perso-

naje", es decir, en un tipo que busca "pinchar" con otro.

Vuelvo hacia el fondo, pero esta vez por el otro pasillo. Me siento en la butaca de la punta. Hay tres tipos cerca mío. Uno, de jeans y polera rayada, está a dos asientos. Me mira y me sigue mirando. Chuck Norris, harto más joven, aparece en la pantalla como un salvador, pero ya estoy en esto y debo salir con el artículo. Miro al tipo de vuelta. El comienza a zapatear el suelo. Me imagino que es una clave. Respondo. Comienzo a asustarme. ¿Y si tiene un cuchillo?

De pronto, sin que me diera cuenta, se corre una butaca. Sólo hay un asiento libre. Ahora sí que estoy urgido. Empieza a sobarse la pierna.

Me levanto y parto, una vez más al baño. No termino de lavarme la cara cuando entra y me mira por el espejo. Pienso que es el momento de pedirle una entrevista, pero no hay caso, no me sale. Me sonrío. Es un muchacho joven, con algo de barriga, moreno. Tiene un aspecto normal, nada de cejas depiladas ni amanerado. Le sonrío de vuelta y salgo. Apuro los pasos y le aviso a la Nancy que nos vamos. El tipo sale a la calle. Lo sigo. El fotógrafo me sigue; la Nancy más atrás. Lo veo. Está mirando una vitrina. Respiro hondo, pienso, total, qué pierdo, me acerco y le digo rápidamente: "Te convidó una bebida".

NO TAN «GAY»

Para no arriesgarme, decido comprobar de inmediato si el tipo que camina al lado mío es homosexual o no. Le digo que estoy solo en la casa y lo convidó. Me dice que tendría que quedarse a dormir, pues vive muy lejos, en San Miguel. Le contesto que no hay problema y me sonrío. Efectivo. Es.

Se llama Claudio, tiene 21, estudia en una universidad de provincia.

Llegamos a una fuente soda y me siento más seguro en un lugar iluminado con mis dos colegas vigilándome afuera. Pido las bebidas y me largo a preguntar. Todavía no me identifico. El está pensando cualquier cosa. Está fascinado con esto que pregunte cosas tan personales tan pronto.

—¿Desde que hora estás en el cine?

—Llegué a las 19:30.

—Así que varias horas sin "pinchar"...

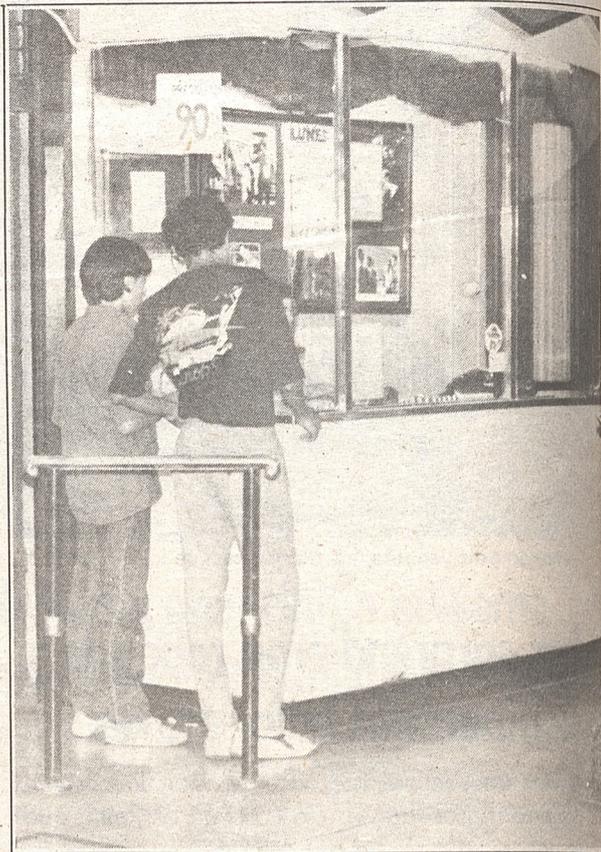
—No, si agarré a un treintón.

—¿Y qué pasó?

—Bueno, el me dio satisfacción y después se la di yo. Luego se fue.

—¿Porqué no te fuiste con él? ¿No te gustó?

—Ni supe cómo se llamaba, apenas lo vi. Tú sabes, lo típico, se sentó al la-



Menores entran al cine Capri a ver una película para mayores de 14. Adentro les espera un espectáculo bastante más fuerte que cualquiera que aparezca en la pantalla.

do mío, pasó lo que tenía que pasar, y se fue.

—¿No supiste lo de la redada?

—Sí, menos mal que no estaba. Por eso había pocos esta noche. La semana pasada estaba lleno. El otro día me metí con seis tipos distintos.

—¿Y el SIDA?

—Si te da, te da, pero igual yo no puedo dejar esto.

Cuando le digo que soy periodista, se larga a reír. No me cree. Al mostrarle la credencial palidece. "Pensé que esto era serio", me dice, "ya que es primera vez que me conversan, o sea, que no es puro sexo a oscuras".

La vida de Claudio no es nada envidiable. Es un muchacho sin rumbo, falso, que vive a escondidas. Nadie en su familia ni sus amigos saben que recorre los cines y las plazas buscando compañía. Siempre huye, como si tratara de arrancarse de las cosas que ha hecho. A los 18 tuvo su primera relación con un hombre. Lo conoció en una plaza e inmediatamente se fueron a un hotel. Nunca más lo vio. Después comenzó a frecuentar los cines al darse cuenta que no era tan fácil conquistarse una pareja.

Confiesa que "nunca he amado a alguien" y que "mi relación más larga fue con un viejo que me sacaba a pasear y que me daba plata". Pero Claudio no acepta totalmente su condición, no frecuenta las "discos gay" ni tiene amigos del ambiente. Es un ser que se esconde en los sitios bien oscuros para satisfacer deseos ocultos que no puede controlar. Pero no le interesa cambiar. Dice que él no tiene encuentros con menores, pero a pesar de lo anónimo y efímero de sus relaciones, las necesita. Sabe que cae en el libertinaje, pero asegura que por lo menos encuentra

compañía rápida. "Si un hombre anda solo es muy difícil que conozca una mujer así no más y que todo resulte. Tiene que recurrir a una prostituta, en cambio, yo siempre encontraré algún tipo que me desee un rato. Y gratis. Sólo debo pagar la entrada del cine".

Claudio parte. Probablemente detrás de alguna otra conquista. Me he dado cuenta que el mundo de la homosexualidad era aún más tremendo, aún más tétrico y marginado de lo que yo pensaba. Ya no es repulsión por ver hombres manoseándose y besándose en el cine. Es pena, lástima, depresión.

Me vuelvo a juntar con mis amigos. Les cuento la entrevista. Llegamos a la Plaza de Armas, donde las prostitutas y los homosexuales hacen nata. Conversamos. Y recién ahí me doy cuenta de una gran contradicción: la palabra "gay" significa literalmente "alegre" en inglés. Y este mundo que recién vi no tiene nada de alegre, no tiene nada de entretenido, no es tan «gay» como se cree.



Al mundo "gay" se entra desde muy pequeño.